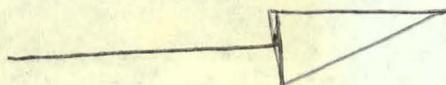


especial para *El Financiero*, edición del 2 de junio de 1992
Bartlett
miguel ángel granados chapa

La designación de Manuel Bartlett como candidato a la gubernatura poblana mueve a meditar, primero, en la peculiar solidaridad del Presidente Salinas con sus antagonistas por la postulación presidencial. Esa actitud deriva o de la semejanza que hubo siempre entre todos, dado el tono monocolor del gobierno de De la Madrid, o de la caballerosa certidumbre de que los tiempos nuevos reclaman un tratamiento civilizado a los precandidatos perdidosos, o de las poderosas argamasas que los unen, merced a su participación en un gobierno que inició la ruptura con el nacionalismo revolucionario, vínculo reforzado por la complicada coyuntura electoral de 1988.

Bartlett, especialmente, parecía destinado al ostracismo. Aunque trabajó en la Secretaría de Programación y Presupuesto, no provenía de la matriz financiera que dio origen a casi todos los miembros del gabinete de De la Madrid. Su carrera era la del político tradicional, pues incluía pasos en el partido y la Secretaría de Gobernación (como director de Gobierno y como titular), aunque sus posgrados extranjeros lo aproximaran al núcleo del que resultó finalmente la candidatura en 1987. Por si la diferenciación fuera un factor carente de importancia, en la precampaña surgieron elementos que lastimaron la relación entre Bartlett y Salinas, como la edición de dos pasquines infamatorios contra el secretario de Programación y Presupuesto, que sus seguidores más inmediatos reprocharon a Gobernación, por su incapacidad para detectar su autoría e impresión, y su lentitud para evitar que circularan. Por su parte, en la Secretaría de Gobernación se opinaba que la candidatura de Salinas era imposible porque a éste se debía la política económica que en 1986 y 1987 causó tan serios estragos a las despensas y los bolsillos mexicanos. Para colmo, el carácter crítico de la jornada electoral del 6 de julio de 1988 se agravó por la falta de información debido a la "caída" del sistema. El propio Presidente Salinas se refirió acremente a la cuestión al tomar posesión el primero de diciembre siguiente. Y sin embargo, estaba entre el auditorio, como secretario de Educación, el destinatario del reproche, lo que condujo a pensar que el papel de Bartlett ante las elecciones fue beneficioso y no perjudicial para Salinas, y que eso los alió estrechamente.

Como quiera que sea, la difícil gestión de Bartlett en la SEP concluyó el 7 de enero pasado. Sus márgenes de acción eran estrechos. Formaba parte del gabinete, ~~sin duda~~, pero no contaba con el asentimiento de sus compañeros, ni siquiera de los dedicados de tiempo atrás a la política pura, como



Gutiérrez Barrios o Hank González, porque el secretario de Educación carecía de futuro político en términos nacionales. Muchas veces antes de su renuncia se especuló sobre ella, precisamente por el generalizado conocimiento de su precariedad en el cargo. Al ser relevado, no por ineficacia, sino porque el puesto hacía falta a la estrategia presidencial, se le ofreció la embajada de México en Parí. Agradecido y cortés. la rehusó sin embargo, alegando que su ^{formación} vocación política le demandaba permanecer en México, a vivir los intensos cambios que surcan el ámbito nacional. El mismo solicitó contar con una nueva oportunidad, en la política, que es su pasión, su gusto, su vocación. El mismo, también, propuso la gubernatura de Puebla. Ya que al final de enero, cuando esto ocurría, aún no se había determinado la solución a ese caso, pudo "entrar en el análisis", junto con otros precandidatos. El mismo no había estado ausente de los elencos formados por los observadores, ya que siempre subrayó su oriundez poblana. Para mejorar su posición relativa, y amainar el desarraigo que se le imputaría, se le creó una tarea de promoción y evaluación del desarrollo de varios estados de la zona centro. Se le dotó de un despacho en el edificio cilíndrico del Programa Nacional de Solidaridad (de hecho el propio Carlos Rojas le cedió una oficina que había sido suya), y desde esa base inició sus contactos con "la gente que cuenta" en Puebla.

En esas reuniones el ex secretario combatió la idea de su desconexión con la entidad. Arguyo que como titular de dos importantes ministerios había tenido contacto, a lo largo de nueve años continuados, con los problemas de ese estado, si bien mirados desde una perspectiva nacional. Acaso me falte, admitió más de una vez, conocer en detalle la red de relaciones y complicaciones del personal político de la entidad. Pero el entramado de las posibilidades y dificultades de Puebla, insistió, no le era desconocido.

Con tal soltura se manejó Bartlett al organizar y participar en esas reuniones, en un medio inclinado a practicar el secreto como máxima virtud, y la discreción sigilosa y sibilina como cualidad rentable, que todo parecía parte de una arriesgada apuesta personal, de poner a los electores primarios (el Presidente de la República singularmente) ante hechos consumados. En realidad partía de un informe privilegiado: la decisión en su favor le fue notificada tiempo atrás, junto con la autorización a desplazarse como conviniera mejor a sus intereses. Sus contendientes, que en rigor dejaron de serlo hace varias semanas, sin enterarse de ello, participaban en un concurso del que ya habían sido excluidos.

Bartlett

Miguel Angel Granados Chapa

La designación de Manuel Bartlett como candidato a la gubernatura poblana mueve a meditar, primero, en la peculiar solidaridad del presidente Salinas con sus antagonistas por la postulación presidencial. Esa actitud deriva o de la semejanza que hubo siempre entre todos, dado el tono monocolor del gobierno de De la Madrid, o de la caballerosa certidumbre de que los tiempos nuevos reclaman un tratamiento civilizado a los precandidatos perdidosos, o de las poderosas argamasas que los unen, merced a su participación en un gobierno que inició la ruptura con el nacionalismo revolucionario, vínculo reforzado por la complicada coyuntura electoral de 1988.

Bartlett, especialmente, parecía destinado al ostracismo. Aunque trabajó en la Secretaría de Programación y Presupuesto, no provenía de la matriz financiera que dio origen a casi todos los miembros del gabinete de De la Madrid. Su carrera era la del político tradicional, pues incluía pasos en el partido y la Secretaría de Gobernación (como director de Gobierno y como titular), aunque sus posgrados extranjeros lo aproximaran al núcleo del que resultó finalmente la candidatura en 1987. Por si la diferenciación fuera un factor carente de importancia, en la precampaña surgieron elementos que lastimaron la relación entre Bartlett y Salinas, como la edición de dos pasquines infamatorios contra el secretario de Programación y Presupuesto, que sus seguidores más inmediatos reprocharon a Gobernación, por su incapacidad para detectar su autoría e impresión, y su lentitud para evitar que circularan. Por su parte, en la Secretaría de Gobernación se opinaba que la candidatura de Salinas era imposible porque a éste se debía la política económica que en 1986 y 1987 causó tan serios estragos a las despensas y los bolsillos mexicanos. Para colmo, el carácter crítico de la jornada electoral del 6 de julio de 1988 se agravó por la falta de información debido a la "caída" del sistema. El propio presidente Salinas se refirió acremente a la cuestión al tomar posesión el 1 de diciembre siguiente. Y, sin embargo, estaba entre el auditorio, como secretario de Educación, el destinatario del reproche, lo que condujo a pensar que el papel de Bartlett ante las elecciones fue beneficioso y no perjudicial para Salinas, y que eso los alió estrechamente.

Como quiera que sea, la difícil gestión de Bartlett en la SEP concluyó el 7 de enero pasado. Sus márgenes de acción eran estrechos. Formaba parte del gabinete, pero no contaba con el asentamiento de sus compañeros, ni siquiera de los dedicados de tiempo atrás a la política pura, como Gutiérrez Barrios o Hank González, porque el secretario de Edu-

cación carecía de futuro político en términos nacionales. Muchas veces antes de su renuncia se especuló sobre ella, precisamente por el generalizado conocimiento de su precariedad en el cargo. Al ser relevado, no por ineficacia, sino porque el puesto hacía falta a la estrategia presidencial, se le ofreció la embajada de México en París.

Agradecido y cortés, la rehusó sin embargo, alegando que su formación política le demandaba permanecer en México, a vivir los intensos cambios que surcan el ámbito nacional. El mismo solicitó contar con una nueva oportunidad, en la política, que es su pasión, su gusto, su vocación. El mismo, también, propuso la gubernatura de Puebla. Ya que al final de enero, cuando esto ocurría, aún no se había determinado la solución a ese caso, pudo "entrar en el análisis", junto con otros precandidatos. El mismo no había estado ausente de los elencos formados por los observadores, ya que siempre subrayó su oriundez poblana. Para mejorar su posición relativa, y amainar el desarraigo que se le imputaría, se le creó una tarea de promoción y evaluación del desarrollo de varios estados de la zona centro. Se le dotó de un despacho en el edificio cilíndrico del Programa Nacional de Solidaridad (de hecho el propio Carlos Rojas le cedió una oficina que había sido suya), y desde esa base inició sus contactos con "la gente que cuenta" en Puebla.

En esas reuniones el exsecretario combatió la idea de su desconexión con la entidad. Arguyó que como titular de dos importantes ministerios había tenido contacto, a lo largo de nueve años continuados, con los problemas de ese estado, si bien mirados desde una perspectiva nacional. Acaso me falte, admitió más de una vez, conocer en detalle la red de relaciones y complicaciones del personal político de la entidad. Pero el entramado de las posibilidades y dificultades de Puebla, insistió, no le era desconocido.

Con tal soltura se manejó Bartlett al organizar y participar en esas reuniones, en un medio inclinado a practicar el secreto como máxima virtud, y la discreción sigilosa y sibilina como cualidad rentable, que todo parecía parte de una arriesgada apuesta personal, de poner a los electores primarios (el presidente de la República singularmente) ante hechos consumados. En realidad partía de un informe privilegiado: la decisión en su favor le fue notificada tiempo atrás, junto con la autorización a desplazarse como conviniera mejor a sus intereses. Sus contendientes, que en rigor dejaron de serlo hace varias semanas, sin enterarse de ello, participaban en un concurso del que ya habían sido excluidos.